

Domingo de Ramos
Abril 5, 2020
11:30 a.m. Santa Eucaristía

Rev. Javier García Ocampo, *Rector*
Rev. Eugene Wright, *Diacono*
Jesse Velázquez, *Director Musical*
Andrew Kullberg, *Ministro de Música*



¡Bienvenido(a) a la Ascensión!

En el Servicio, las personas leen las partes en “negrillas”

Celebrante: Bendito el Rey que viene en nombre del Señor.

Todos: **Paz en el cielo y gloria en las alturas.**

Celebrante Oremos.

Asístenos misericordiosamente con tu ayuda, Señor Dios de nuestra salvación, para que entremos con júbilo a la contemplación de aquellos hechos poderosos, por medio de los cuales nos has concedido vida e inmortalidad; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo

Cuando ya estaban cerca de Jerusalén y habían llegado a Betfagé, al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: —Vayan a la aldea que está enfrente. Allí encontrarán una burra atada, y un burrito con ella. Desátenla y tráiganmelos. Y si alguien les dice algo, díganle que el Señor los necesita y que en seguida los devolverá.

Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el profeta, cuando escribió:

«Digan a la ciudad de Sión:

“Mira, tu Rey viene a ti,
humilde, montado en un burro,
en un burrito, cría de una bestia de carga.”»

Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado. Llevaron la burra y su cría, echaron sus capas encima de ellos, y Jesús montó. Había mucha gente. Unos tendían sus capas por el camino, y otros tendían ramas que cortaban de los árboles. Y tanto los que iban delante como los que iban detrás, gritaban: —¡Hosana al Hijo del rey David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!

Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó, y muchos preguntaban: —¿Quién es éste?

Y la gente contestaba: —Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

Celebrante El Señor sea con ustedes.
Pueblo **Y con tu espíritu.**
Celebrante Demos gracias a Dios nuestro Señor.
Pueblo **Es justo darle gracias y alabanza.**

Celebrante: Es justo alabarte, Dios omnipotente, por los hechos de amor, mediante los cuales nos has redimido por tu Hijo Jesucristo nuestro Señor. En este día entró triunfalmente en la santa ciudad de Jerusalén, y fue proclamado Rey de reyes por los que extendieron sus mantos y tendieron ramas de palmera por el camino. Haz que estos ramos sean para nosotros signo de su victoria, y concede que quienes los llevamos en su nombre le aclamemos siempre como nuestro Rey y le sigamos por el camino que conduce a la vida eterna; quien vive y reina en gloria contigo y el Espíritu Santo, ahora y por siempre. Amén.

Celebrante Bendito el que viene en nombre del Señor.
Pueblo **Hosanna en las alturas.**

Canto de Entrada: Hosanna al hijo de David

Hosanna, Hosanna al Hijo de David
Hosanna, Hosanna al Hijo de David

1. Bendito el que viene en nombre del Señor, Bendito el Rey de Israel.
2. Con ramos de olivo los hijos de Israel clamaban: Hosanna al Señor
3. Con mantos vestían el paso del Señor, gritando: Hosanna al Señor.
4. Tu eres el Rey, el Rey de Israel; Honor y gloria a ti.
5. Con palmas en manos el pueblo de Israel clamaba: Hosanna en el cielo.
6. Si ellos se callan las piedras gritaran: Hosanna al Hijo de Dios.

Celebrante El Señor sea con ustedes.

Pueblo: **Y con tu Espíritu**

Celebrante Oremos

Pueblo y Celebrante: **Dios omnipotente y eterno, en tu tierno amor hacia el género humano, enviaste a tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo para asumir nuestra naturaleza, y padecer muerte en la cruz, mostrándonos ejemplo de su gran humildad: Concédenos, en tu misericordia, que caminemos por el sendero de su padecimiento y participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.**

Lectura del Libro del profeta Isaías 50:4–9

El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento. Todas las mañanas me hace estar atento para que escuche dócilmente. El Señor me ha dado entendimiento, y yo no me he resistido ni le he vuelto las espaldas. Ofrecí mis espaldas para que me azotaran y dejé que me arrancaran la barba. No retiré la cara de los que me insultaban y escupían. El Señor es quien me ayuda: por eso no me hieren los insultos; por eso me mantengo firme como una roca, pues sé que no quedaré en ridículo. A mi lado está mi defensor: ¿Alguien tiene algo en mi contra? ¡Vayamos juntos ante el juez! ¿Alguien se cree con derecho a acusarme? ¡Que venga y me lo diga! El Señor es quien me ayuda; ¿quién podrá condenarme?

Escuchen lo que el Espíritu está diciendo al pueblo de Dios.

Demos gracias a Dios.

Salmo 31:9–16

- 9 Ten misericordia de mí, oh Señor, que estoy en angustia; *
**se han consumido de tristeza mis ojos,
mi garganta también y mi vientre;**
- 10 Porque mi vida se va gastando de dolor,
y mis años de suspirar; *
**se agotan mis fuerzas a causa de mi aflicción,
y mis huesos se han consumido.**

- 11 De todos mis enemigos he sido oprobio, y de mis vecinos
mucho más, y pavor a mis conocidos; *
los que me ven fuera huyen de mí.
- 12 He sido olvidado como un muerto,
desechado de toda memoria; *
he venido a ser como un vaso quebrado.
- 13 Porque he oído el cuchicheo de muchos;
“por todos lados hay miedo”; *
consultan juntos contra mí; conspiran para quitarme la vida.
- 14 Mas yo en ti confío, oh Señor; *
dije: “Tú eres mi Dios.
- 15 En tu mano está mi destino; *
líbrame de la mano de mis enemigos, y de mis perseguidores.
- 16 Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo; *
sálvame por tu misericordia”.

Lectura de la Carta de San Pablo a los Filipenses 2:5–11

Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús, el cual: Aunque existía con el mismo ser de Dios, no se aferró a su igualdad con él, sino que renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo. Haciéndose como todos los hombres y presentándose como un hombre cualquiera, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz. Por eso Dios le dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres, para que, ante ese nombre concedido a Jesús, doblen todos las rodillas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y todos reconozcan que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Escuchen lo que el Espíritu está diciendo al pueblo de Dios.

Demos gracias a Dios.

Canto de Secuencia: Por la Cruz a la Luz.

Si la semilla no muere, no nacerá la espiga. Si no aceptamos la cruz, como alcanzar la vida? ¿Como alcanzar la vida?

Por la cruz a la luz, fuente de amor y vida. (2)

No simboliza la muerte, es signo de victoria, porque abrazado a la cruz nos mereció La gloria, nos mereció la gloria.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo 26:14–27:54

Narrador: La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo.

Uno de los doce discípulos, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes De los sacerdotes y les dijo:

Judas: —¿Cuánto me quieren dar, y yo les entrego a Jesús?

Narrador: Ellos le pagaron treinta monedas de plata. Y desde entonces Judas Anduvo buscando el momento más oportuno para entregarles a Jesús. El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

Discípulo: —¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

Narrador: Él les contestó:

Jesús: —Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: “El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos.”

Narrador: Los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y prepararon la cena de Pascua. Cuando llegó la noche, Jesús estaba a la mesa con los doce discípulos; y mientras comían, les dijo:

Jesús: —Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

Narrador: Ellos se pusieron muy tristes, y comenzaron a preguntarle uno tras otro:

Discípulo: —Señor, ¿acaso seré yo?

Narrador: Jesús les contestó:

Jesús: —Uno que moja el pan en el mismo plato que yo, va a traicionarme. El Hijo del hombre ha de recorrer el camino que dicen las Escrituras; pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Hubiera sido mejor para él no haber nacido.

Narrador: Entonces Judas, el que lo estaba traicionando, le preguntó:

Judas: —Maestro, ¿acaso seré yo?

Jesús: —Tú lo has dicho

Narrador: —contestó Jesús. Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo:

Jesús: —Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

Narrador: Luego tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, se la pasó a ellos, diciendo:

Jesús: —Beban todos ustedes de esta copa, porque esto es mi sangre, con la que se confirma la alianza, sangre que es derramada en favor de muchos para perdón de sus pecados. Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

Narrador: Después de cantar los salmos, se fueron al Monte de los Olivos. Y Jesús les dijo:

Jesús: —Todos ustedes van a perder su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: “Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán.” Pero cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea.

Narrador: Pedro le contestó:

Pedro: —Aunque todos pierdan su fe en ti, yo no la perderé.

Narrador: Jesús le dijo:

Jesús: —Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

Narrador: Pedro afirmó:

Pedro: —Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Narrador: Y todos los discípulos decían lo mismo. Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

Jesús: —Siéntense aquí, mientras yo voy allí a orar.

Narrador: Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse muy triste y angustiado. Les dijo:

Jesús: —Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense ustedes aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

Narrador: En seguida Jesús se fue un poco más adelante, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y oró diciendo:

Jesús: «Padre mío, si es posible, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

Narrador: Luego volvió a donde estaban los discípulos, y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro:

Jesús: —¿Ni siquiera una hora pudieron ustedes mantenerse despiertos conmigo? Manténganse despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles.

Narrador: Por segunda vez se fue, y oró así:

Jesús: «Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tu voluntad.»

Narrador: Cuando volvió, encontró otra vez dormidos a los discípulos, porque sus ojos se les cerraban de sueño. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces regresó a donde estaban los discípulos, y les dijo:

Jesús: —¿Siguen ustedes durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levántense, vámonos; ya se acerca el que me traiciona.

Narrador: Todavía estaba hablando Jesús, cuando Judas, uno de los doce discípulos, llegó acompañado de mucha gente armada con espadas y con palos. Iban de parte de los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. Judas, el traidor, les había dado una contraseña, diciéndoles: «Al que yo bese, ése es; arréstenlo.» Así que, acercándose a Jesús, dijo:

Judas: —¡Buenas noches, Maestro!

Narrador: Y lo besó. Jesús le contestó:

Jesús: —Amigo, adelante con tus planes.

Narrador: Entonces los otros se acercaron, echaron mano a Jesús y lo arrestaron. En eso, uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo:

Jesús: —Guarda tu espada en su lugar. Porque todos los que pelean con la espada, también a espada morirán. ¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen que debe suceder así?

Narrador: En seguida Jesús preguntó a la gente:

Jesús: —¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos a arrestarme, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado enseñando en el templo, y nunca me arrestaron. Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras.

Narrador: En aquel momento, todos los discípulos dejaron solo a Jesús y huyeron. Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los maestros de la ley y los ancianos estaban reunidos. Pedro lo siguió de lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Entró, y se quedó sentado con los guardianes del templo, para ver en qué terminaría todo aquello. Los jefes de los sacerdotes y toda la Junta Suprema buscaban alguna prueba falsa para condenar a muerte a Jesús, pero no la encontraron, a pesar de que muchas personas se presentaron y lo acusaron falsamente. Por fin se presentaron dos más, que afirmaron:

Testigo: —Este hombre dijo: “Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días.”

Narrador: Entonces el sumo sacerdote se levantó y preguntó a Jesús:

Caifás: —¿No contestas nada? ¿Qué es esto que están diciendo contra ti?

Narrador: Pero Jesús se quedó callado. El sumo sacerdote le dijo:

Caifás: —En el nombre del Dios viviente te ordeno que digas la verdad. Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Tú lo has dicho. Y yo les digo también que ustedes van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

Narrador: Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación, y dijo:

Caifás: —¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad

tenemos de más testigos? Ustedes han oído sus palabras ofensivas; ¿qué les parece?

Narrador: Ellos contestaron:

Maestro de la Ley: —Es culpable, y debe morir.

Narrador: Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon. Otros le pegaron en la cara, diciéndole:

Anciano: —Tú que eres el Mesías, ¡adivina quién te pegó!

Narrador: Pedro, entre tanto, estaba sentado afuera, en el patio. En esto, una sirvienta se le acercó y le dijo:

Sirvienta 1: —Tú también andabas con Jesús, el de Galilea.

Narrador: Pero Pedro lo negó delante de todos, diciendo:

Pedro: —No sé de qué estás hablando.

Narrador: Luego se fue a la puerta, donde otra lo vio y dijo a los demás:

Sirvienta 2: —Ése andaba con Jesús, el de Nazaret.

Narrador: De nuevo Pedro lo negó, jurando:

Pedro: —¡No conozco a ese hombre!

Narrador: Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron:

Espectador 1: —Seguro que tú también eres uno de ellos. Hasta en tu manera de hablar se te nota.

Narrador: Entonces él comenzó a jurar y perjurar, diciendo:

Pedro: —¡No conozco a ese hombre!

Narrador: En aquel mismo momento cantó un gallo, y Pedro se acordó de que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y salió Pedro de allí, y lloró amargamente. Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos se pusieron de acuerdo en un plan para matar a Jesús. Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador romano. Judas, el que había traicionado a Jesús, al ver que lo habían condenado, tuvo remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, diciéndoles:

Judas: —He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente.

Narrador: Pero ellos le contestaron:

Sacerdote: —¿Y eso qué nos importa a nosotros? ¡Eso es cosa tuya!

Narrador: Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó. Los jefes de los sacerdotes recogieron aquel dinero, y dijeron:

Sacerdote: —Este dinero está manchado de sangre; no podemos ponerlo en el cofre de las ofrendas.

Narrador: Así que tomaron el acuerdo de comprar con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para tener un lugar donde enterrar a los extranjeros. Por eso, aquel terreno se llama hasta el día de hoy Campo de Sangre. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que los israelitas le habían puesto, y con ellas compraron el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.»

Narrador: Jesús fue llevado ante el gobernador, que le preguntó:

Pilato: —¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús: —Tú lo has dicho

Narrador: —contestó Jesús. Mientras los jefes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban, Jesús no respondía nada. Por eso Pilato le preguntó:

Pilato: —¿No oyes todo lo que están diciendo contra ti?

Narrador: Pero Jesús no le contestó ni una sola palabra; de manera que el gobernador se quedó muy extrañado. Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba dejar libre un preso, el que la gente escogiera. Había entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás; y estando ellos reunidos, Pilato les preguntó:

Pilato: —¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás, o a Jesús, el que llaman el Mesías?

Narrador: Porque se había dado cuenta de que lo habían entregado por envidia. Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa mandó a decirle: «No te metas con ese hombre justo, porque anoche tuve un sueño horrible por causa suya.» Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la multitud de que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador les preguntó otra vez:

Pilato: —¿A cuál de los dos quieren ustedes que les ponga en libertad?

Narrador: Ellos dijeron:

Pueblo: —¡A Barrabás!

Narrador: Pilato les preguntó:

Pilato: —¿Y qué voy a hacer con Jesús, el que llaman el Mesías?

Narrador: Todos contestaron:

Pueblo: —¡Crucifícalo!

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Pues ¿qué mal ha hecho?

Narrador: Pero ellos volvieron a gritar:

Pueblo: —¡Crucifícalo!

Narrador: Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que el alboroto era cada vez mayor, mandó traer agua y se lavó las manos delante de todos, diciendo:

Pilato: —Yo no soy responsable de la muerte de este hombre; es cosa de ustedes.

Narrador: Toda la gente contestó:

Pueblo: —¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!

Narrador: Entonces Pilato dejó libre a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al

palacio y reunieron toda la tropa alrededor de él. Le quitaron su ropa, lo vistieron con una capa roja y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una vara en la mano derecha. Luego se arrodillaron delante de él, y burlándose le decían:

Soldado: —¡Viva el Rey de los judíos!

Narrador: También lo escupían, y con la misma vara le golpeaban la cabeza.

Después de burlarse así de él, le quitaron la capa roja, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo. Al salir de allí, encontraron a un hombre llamado Simón, natural de Cirene, a quien obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

Narrador: Cuando llegaron a un sitio llamado Gólgota, (es decir, «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero Jesús, después de probarlo, no lo quiso beber. Cuando ya lo habían crucificado, los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. Luego se sentaron allí para vigilarlo. Y por encima de su cabeza pusieron un letrero, donde estaba escrita la causa de su condena. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos.» También fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:

Espectador 1: —¡Tú ibas a derribar el templo y a reconstruirlo en tres días!

Espectador 2: —¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

Narrador: De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, junto con los ancianos. Decían:

Sacerdote: —Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel: ¡pues que baje de la cruz, y creeremos en él! Ha puesto su confianza en Dios: ¡pues que Dios lo salve ahora, si de veras lo quiere! ¿No nos ha dicho que es Hijo de Dios?

Narrador: Y hasta los bandidos que estaban crucificados con él, lo insultaban. Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza:

Jesús: «Elí, Elí, ¿lemá sabactani?»

Narrador: (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

Espectador 1: —Éste está llamando al profeta Elías.

Narrador: Al momento, uno de ellos fue corriendo en busca de una esponja, la empapó en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó para que bebiera. Pero los otros dijeron:

Espectador 2: —Déjalo, a ver si Elías viene a salvarlo.

Narrador: Jesús dio otra vez un fuerte grito, y murió.

Se puede guardar silencio.

Narrador: En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían muerto, volvieron a la vida. Entonces salieron de sus tumbas, después de la resurrección de Jesús, y entraron en la santa ciudad de Jerusalén, donde mucha gente los vio. Cuando el capitán y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que estaba pasando, se llenaron de miedo y dijeron:

Capitán: —¡De veras este hombre era Hijo de Dios!

Narrador: Estaban allí, mirando de lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea y que lo habían ayudado. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Cuando ya anochecía, llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho seguidor de Jesús. José fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo dieran, y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana de lino limpia y lo puso en un sepulcro nuevo, de su propiedad, que había hecho cavar en la roca. Después de tapar la entrada del sepulcro con una gran piedra, se fue. Pero María Magdalena y la otra María se quedaron sentadas frente al sepulcro. Al día siguiente, es decir, el sábado, los jefes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos a ver a Pilato, y le dijeron:

Sacerdote: —Señor, recordamos que aquel mentiroso, cuando aún vivía, dijo que después de tres días iba a resucitar. Por eso, mande usted asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y roben el cuerpo, y después digan a la gente que ha resucitado. En tal caso, la última mentira sería peor que la primera.

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Ahí tienen ustedes soldados de guardia. Vayan y aseguren el sepulcro lo mejor que puedan.

Narrador: Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro poniendo un sello sobre la piedra que lo tapaba; y dejaron allí los soldados de guardia.

Sermón

Rev. Javier G. Ocampo

Oración de lo fieles

Formula I

Con todo el corazón y con toda la mente, oremos al Señor, diciendo: "Señor, ten piedad".

Por la paz del mundo, por el bienestar de la santa Iglesia de Dios y por la unidad de todos los pueblos, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por nuestras Obispos Marriam y Chilton, y por todos los clérigos y laicos, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por nuestro Presidente, por los gobernantes de las naciones y por todas las autoridades, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por esta ciudad, por todas las ciudades y comunidades, y por los que viven en ellas, oremos al Señor.

Señor, ten piedad

Por la buena tierra que Dios nos ha dado, y por la sabiduría y el deseo de conservarla, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por los ancianos e inválidos, los viudos y huérfanos, por los enfermos y los que yacen en el lecho del dolor, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por los pobres y oprimidos, por los desempleados e indigentes, por los encarcelados y cautivos, y por todos los que se acuerdan y cuidan de ellos, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por todos los que han muerto en la esperanza de la resurrección y por todos los difuntos, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Por la liberación de todo peligro, violencia, opresión y degradación, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

Para que terminemos nuestra vida en fe y esperanza, sin sufrimiento ni reproche, oremos al Señor.

Señor, ten piedad.

En la comunión de los santos, encomendémonos los unos a los otros, y toda nuestra vida a Cristo nuestro Dios.

A ti, Señor nuestro Dios.

Silencio

El pueblo puede añadir sus propias peticiones.

Oramos por el consuelo, la sanación, la valentía y la esperanza para **Samuel** Tellu, **Sciou** Broderick, **Marcia** Noble, **Eduardo** Rincón, **Warren** Porter, **Sue** Jenkins, **Judy** Conroy, **Jean** Cohn, **Johnetta** Mars-Gibson, **Susan** McLaughlin, **Clint** Miller, **Peg** Ruppel, **Fran** Spina, **Lin** Keene, **Sally** Glick, **William** Glick, **Rachel** Vazquez, **Russ** Howard, **Denise** Lionetti, **Kelvin** Bright y todos aquellos que, en esta vida transitoria, están en problemas, tristeza, necesidad, enfermedad o cualquier otra adversidad, así como aquellos en nuestra extensa lista de oraciones de sanación.

Oramos por los jóvenes de la Ascensión. Dales consuelo, Señor, en este tiempo de pérdida de normalidad, y levántalos para hacer tu trabajo en el mundo. Oramos especialmente por la escuela St. James en Filadelfia durante esta crisis.

Oramos por la paz en el mundo y por todos los que sirven a nuestro país aquí y en el extranjero, especialmente los que están en peligro, y sus familias.

Celebrante: Señor, atiende las súplicas de tu pueblo; y lo que fielmente te hemos pedido, concede que efectivamente lo obtengamos para la gloria de tu Nombre; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Paz

Celebrante: La paz del Señor sea siempre con ustedes.

Pueblo: **Y con tu Espíritu.**

Anuncios

Canto: Eres tú Jesús

**Eres Tu, Jesús eres Tu
Eres Tu en un trozo de pan
Y en un poco de vino.**

Que alegría encontrarte, Jesús, en tu vino y tu pan
Oh Señor que consuelo saber que me amas
Eres Tu la Palabra de Dios, la eterna palabra de Dios
Y has querido venir a morar en mi pecho.

Eres Tu, oh, Principio y Fin, manantial de la vida.
Eres Tu, Luz de Luz, Dios de Dios verdadero.
Eres Tu, Oh milagro de amor, Oh eterno milagro de amor
Eres tu mi Señor y mi Dios mi Alimento.

Cuanto amor al nacer en Belén de María la Virgen
Al andar los caminos del hombre y llamarle tu amigo
Oh cordero de Dios cuanto amor, cuanto amor al morir en la cruz
Cuanto amor al querer compartir tu victoria.

Solo en ti, oh Señor del Amor que comprende y perdona
Solo en ti oh Jesús, hay amor verdadero
Oh Jesús quiero amar como tú, quiero amar hasta el fin como tú,
Oh Señor dale vida a mi amor con tu vida.

Santa Comunión

El Señor sea con ustedes.

Pueblo **Y con tu espíritu.**

Celebrante Elevemos los corazones.

Pueblo **Los elevamos al Señor.**

Celebrante Demos gracias a Dios nuestro Señor.

Pueblo **Es justo darle gracias y alabanza.**

El Celebrante continúa:

En verdad es digno, justo y saludable, darte gracias, en todo tiempo y lugar, Padre omnipotente, Creador de cielo y tierra.

Por nuestro Señor Jesucristo. Por nuestros pecados fue levantado sobre la cruz, para que pudiera atraer hacia él a todo el mundo; y, por su sufrimiento y muerte, llegó a ser la fuente de salvación eterna para cuantos confían en él.

Por tanto te alabamos, uniendo nuestras voces con los Angeles y Arcángeles, y con todos los coros celestiales que, proclamando la gloria de tu Nombre, por siempre cantan este himno:

Santo:

Santo Santo Santo es el Señor Dios del universo

Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria hosanna

Hosana, hosanna, hosanna, en el cielo (2)

Bendito el que viene en nombre del Señor hosanna en el cielo hosanna.

Padre Santo y bondadoso: En tu amor infinito nos hiciste para ti, y cuando caímos en pecado y quedamos esclavos del mal y de la muerte, tú, en tu misericordia, enviaste a Jesucristo, tu Hijo único y eterno, para compartir nuestra naturaleza humana, para vivir y morir como uno de nosotros, y así reconciliarnos contigo, el Dios y Padre de todos.

Extendió sus brazos sobre la cruz y se ofreció en obediencia a tu voluntad, un sacrificio perfecto por todo el mundo.

En la noche en que fue entregado al sufrimiento y a la muerte, nuestro Señor Jesucristo tomó pan; y dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, y dijo: "Tomen y coman. Este es mi Cuerpo, entregado por ustedes. Hagan esto como memorial mío".

Después de la cena tomó el cáliz; y dándote gracias, se lo entregó, y dijo: "Beban todos de él. Esta es mi Sangre del nuevo Pacto, sangre derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados. Siempre que lo beban, háganlo como memorial mío".

Por tanto, proclamamos el misterio de fe:

Celebrante y Pueblo:

Cristo ha muerto.

Cristo ha resucitado.

Cristo volverá.

Padre, en este sacrificio de alabanza y acción de gracias, celebramos el memorial de nuestra redención. Recordando su muerte, resurrección y ascensión, te ofrecemos estos dones.

Santifícalos con tu Espíritu Santo, y así serán para tu pueblo el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, la santa comida y la santa bebida de la vida nueva en él que no tiene fin.

Santifícanos también, para que recibamos fielmente este Santo Sacramento y seamos perseverantes en tu servicio en paz y unidad. Y en el día postrero, llévanos con todos tus santos al gozo de tu reino eterno. Todo esto te pedimos por tu Hijo Jesucristo. Por él, y con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo, tuyos son el honor y la gloria, Padre omnipotente, ahora y por siempre. AMEN.

Oremos como nuestro Salvador Cristo nos enseñó.

**Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad,
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en tentación
y líbranos del mal.
Porque tuyo es el reino,
tuyo es el poder,
y tuya es la gloria,
ahora y por siempre. Amén.**

Agnus Dei

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo ten piedad de nosotros. (2)
Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo danos paz.

Los Dones de Dios para el Pueblo de Dios. Tómenlos en memoria de que Cristo murió por ustedes, y aliméntense de él en sus corazones, por fe y con agradecimiento.

Canto de Comunión: A la Hora de Nona

Por nuestro amor murió el Señor, en la cruz murió el Señor. El nos mando dar la vida como hermanos en señal de amor.

Planearon su muerte en silencio; asustaron con gritos al pueblo y en un leño colgaron su cuerpo a la ahora de nona, a la hora de nona. El Señor, el Señor murió. El Señor murió.

Es la hora de nona en mi pueblo, las sirenas de alarma han sonado y mi pueblo se queda dormido, y mi hermano que llora, y mi hermano que muere, y el clamor de su voz no nos duele, y mi hermano muere.

Es la hora de nona en la tierra, es la hora del hambre y la muerte, es la hora del odio la guerra, es la hora de nona cuando sufre mi pueblo, cuando crece el dolor y el engaño, cuando falta el amor.

Oración de Post-Comunión

Celebrante: Oremos.

Omnipotente y sempiterno Dios, te damos gracias porque nos has nutrido con el alimento espiritual del preciosísimo Cuerpo y Sangre de tu Hijo, nuestro Salvador Jesucristo; y porque nos aseguras, en estos santos misterios, que somos miembros vivos del Cuerpo de tu Hijo y herederos de tu reino eterno. Y ahora, Padre, envíanos al mundo para cumplir la misión que tú nos has encomendado, para amarte y servirte como fieles testigos de Cristo nuestro Señor. A él, a ti y al Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, ahora y por siempre. Amén.

Oración solemne

Inclinen su cabeza ante el Señor

Mira con bondad, te suplicamos, Dios omnipotente, a esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo aceptó ser traicionado y entregado a manos pecadoras, y sufrir muerte en la cruz; quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Canto de Salida: Perdona a tu pueblo

Perdona a tu pueblo Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor.

1. Por tus profundas llagas crueles, por tus espinas y por tu hielos, perdónale, Señor.
2. Por las heridas de pies y manos, por los azotes tan inhumanos, perdónale, Señor.
3. Por los tres clavos que te clavaron, y las espinas que te clavaron, perdónale, Señor.
4. Por tus tres horas de tu agonía, en que por Madre diste a María, perdónale, Señor.
5. Por la abertura de tu costado, no estés eternamente enojado, perdónale, Señor.

Celebrante Bendigamos al Señor,
Pueblo **Demos gracias a Dios.**